



Clínica Médica

Un caso de epilepsia de origen sifilítico (*)

Agustín M^a de Obieta

Quantum mutatus ab illo

Han pasado cincuenta y seis años desde la época de mis primeros pasos en la práctica de las ciencias médicas hasta la fecha en que aparece este artículo.

Es común el creer, ó al menos el decir, que en la vejez se rinde un culto tal á lo pasado, que se considera que en aquellos tiempos juveniles había tocante á nuestra ciencia un criterio más elevado, más perfeccionado, más orden en la enseñanza y más correcta disciplina en los alumnos.

La verdad es que no puede recordarse sin respeto y justísima consideración, á los ilustres catedráticos del Colegio de Medicina de San Carlos de Madrid señores D. Bonifacio Gutiérrez, D. Cándido Calleja, los señores Castellos (padre, hijo y sobrino), Mosácula, Argumosa, Capdebila, Obrador, Hyssem y Sánchez. Eminentes todos en sus asignaturas respectivas, trataban de inculcar con empeño á sus discípulos, considerados como hijos, cuantas nociones eran conocidas en aquellos tiempos, en que la medicina había sufrido grandes evoluciones, desde la época Hipocrática á la de Broussais.

Era aquella una Escuela Clásica, un excelente cimiento para el monumento científico al que ha llegado en las postrimerías del siglo XIX.

En este largo lapso de tiempo, la ciencia ha adelantado y continúa en progreso en todas las naciones civilizadas: y vemos con entusiasmo patriótico que en nuestra España, desde la Corte a las Provincias, se ha despertado un notabilísimo anhelo de estudio y progreso. Como lo prueban las múltiples Academias, los Círculos y el creciente periodismo, contribuyendo así, por todos estos medios á aumentar la ilustración, y estrechar más y más los vínculos de los comprofesores.

Cuenta Bilbao con un numeroso, respetable é ilustrado Cuerpo de médicos: y al considerar éstos los adelantos de la villa que habitan en las artes, comercio é industria, han llegado á persuadirse que es un deber de los hombres dedicados á la ciencia, trabajar también en el mismo sentido de progreso, fundando un periódico médico, sin objeto alguno especulativo, llevados solamente de su amor á los trabajos propios de la carrera profesional. He sido honrado por estos señores para que tome alguna participación en esta idea.

(*) Reimpreso de *Gaceta Médica del Norte*. Año 1, nº 1. Bilbao 15 enero 1895. pp. 2-3.



Al recibir tal muestra de confraternidad me he encontrado entre dos escollos: el uno la profunda convicción que tengo de carecer de dotes suficientes para contribuir con escritos profesionales á tal objeto. El segundo el considerar que una absoluta repulsa de mi parte, era faltar á la consideración con que estos señores me han favorecido.

He creído, pues, aceptar esta distinción, y á falta del interés científico que puede tener cuanto escriba, me limitaré á exponer algunas escenas ú observaciones que he compilado en mi práctica. Doy principio por la siguiente:

El año 1839 me hallaba encargado de la visita de la Sección de Cirugía del Hospital Militar de Bilbao (era en época de la guerra civil), y durante la referida visita uno de los mozos de servicio fue acometido de un ataque epiléptico. Era un sujeto fuerte y de 28 años de edad.

Lanzó un grito, y como herido por un rayo, cayó al suelo. Presentó los síntomas característicos del grande ataque epiléptico con las tres fases de caída y convulsiones tónicas-convulsiones clónicas-estado comatoso.

Todos los presentes experimentaron una conmoción profunda y es que ciertamente las convulsiones de la cara ofrecen un cuadro tan aterrador que la historia misma conserva en sus anales.

Vemos en la grande historia de Roma de Mr. Rollin, que, á pesar del genio viril y de conquista de los romanos, llegaron á tal superstición cuando presenciaban un ataque de esta enfermedad, que si ocurría en los Comicios se suspendían éstos (por lo que se llamó *morbus comitalis*) así como creyéndola debida á la cólera de los Dioses, la denominación también de *morbus sacer*.

Esto de la superstición se ha observado en varios hombres de esclarecido genio, siendo

muy común entre los romanos durante la época que llevaron sus conquistas á gran parte del mundo conocido; y según el historiador inglés, el caballero Gibbon, causaban análoga impresión moral deprimente los casos de muerte por rayo. Así cuando el emperador Carus, después de sus brillantes hechos de armas, al proponerse atacar á la Persia y al retirarse de noche en su tienda sobrevino una furiosa tempestad y falleció en ella: la versión general fue que había sucumbido por la acción de un rayo, y aquellas valientes legiones que venían haciendo prodigios de valor sometiendo a sus rivales, experimentaron tal sensación de terror por la muerte del Emperador su jefe en tales circunstancias, que emprendieron una completa retirada del campo de sus operaciones. Mas volvamos después de esta digresión á la historia de nuestro enfermo epiléptico.

Me había interesado por este paciente que al momento del ataque cayó a mis pies.

Entonces recibía yo la Revista Médica de París y del Extranjero, y precisamente en varios de sus números, había visto tratamientos de la epilepsia por los Dres. Fanverge y Delou, tratamientos muy encomiados y en los que tenían gran fe estos ilustres prácticos, con la sincera convicción que inspiran las nuevas observaciones y estudiosos procedimientos. Pero antes era necesario observar bien al enfermo y cercionarse de la índole de sus ataques.

Examinando al enfermo vi que este padecimiento era de fecha reciente; no recordaba haber sufrido cuando niño, ni en la época de la pubertad y aun más adelante, enfermedad alguna convulsiva.

Hacia unos cuatro años había padecido una afección sifilítica profunda con síntomas terciarios, y aun en la actualidad se veía molestado por dolores de cabeza que se exacerbaban en las noches en términos de causarle insomnios rebeldes.



Eran suficientes estos datos para dejar de considerar estos ataques como los propios de una *epilepsia especial*; y llegamos casi á un convencimiento más que probable, que algún afecto específico del cerebro ó sus membranas producía estos ataques convulsivos que tanto simulaba los del *morbus comitialis*. Nos hallábamos en el caso de hacer la aplicación de aquel axioma médico *natura morborum curatio- nes ostendunt*.

Tuvimos la satisfacción de que después de un tratamiento antisifilítico prolongado (cuya base fue la las fricciones mercuriales, y cada noche una píldora de Dupuytren (1 cent.^o de sublimado corrosivo, 2 idem de opio y 4 idem de guayaco) fueron cediendo primero, y desaparecieron después completamente los ataques, lo que pude comprobar en un tiempo aun largo que continué en la visita del Hospital.

